

REG

1/2022 (2)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES
ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

Editorial

Germán Carrillo | Carmen M. Cerdá

7

ARTÍCULOS

MICHAEL ROBERTS

The contradictions of 21st century capitalism

15

ANDRÉS PIQUERAS INFANTE

20 Puntos clave para entender la mortífera
decadencia del capitalismo

39

EMILIO PRADILLA COBOS
LISETT MÁRQUEZ LÓPEZ

Acumulación de capital, intercambio desigual y
territorio en América Latina

73

RAÚL DELGADO WISE

Intercambio desigual en la era de
los monopolios generalizados

101

VÍCTOR M. TOLEDO

The global crisis is a crisis of civilization:
a political ecology perspective

119

Editorial

Crisis del capitalismo global (II)

Germán Carrillo García | Carmen M. Cerdá Mondéjar

Universidad de Murcia

España

El orden hegemónico mundial estadounidense surgido tras la Segunda Guerra Mundial y llevado hasta el *fin de la historia* con el derrumbamiento del Imperio soviético está agonizando. Y sus agresores no están en la nueva Rusia, ni siquiera en China, sino en sus entrañas. El liberalismo político, siempre tan distante del papel constitucional y cuyo programa máximo fue el imperio del Estado de Derecho (*Rechtsstaat*), fue sepultado hace décadas por la ideología más exitosa de la historia de la humanidad, el neoliberalismo¹, una antinomia de la poética liberal. En el frente occidental la revolución conservadora de Thatcher-Reagan dio paso a la política miasmática del blairismo y al seguidismo de gran parte de la izquierda europea. Los discípulos de la «tercera vía» no dudaron en abrazar el credo neoliberal tanto o más que los sumos sacerdotes del «Consenso de Washington». Bruselas abandonó el proyecto político europeo de Schuman, Adenauer, Jean Monnet, o Louise Weiss, para desplegar el *pathos* del culturalismo y ocultar al mismo tiempo el subsuelo económico, entregado al despotismo del sector financiero. Las políticas del Estado de Bienestar keynesiano, las tasas impositivas progresivas que le servían de sustento y la industrialización que incrementaba la productividad y mantenía a punto el motor de la economía real, fueron cediendo ante la gerencia empresarial de los estabilizadores sociales privatizados, a unos Estados exactores regresivos y a un proceso imparable de desindustrialización y deslocalización del tejido industrial hacia el Sur global o, simplemente, hacia donde fuera más rentable para el capital. Con el descenso de los precios de la logística global durante la década de 1990, si la producción del *rust belt* se podía dividir en partes y deslocalizar hacia las zonas francas de México o Bangladesh, ¿por qué no se iba a realizar tal operación si el movimiento sindical había sido aplastado con la contrarrevolución conservadora y la mayoría de los partidos de izquierdas estaban siendo neoliberalizados hasta sus cimientos?

El vacío dejado por la producción industrial fue ocupado por la financiarización de la economía que reforzó y a su vez fue reforzada por la insensibilidad democrática de unas autoridades públicas que daban ahora prioridad a los acreedores antes que a la ciuda-

¹ Véase en Perry Anderson (2006), Las ideas y la acción política en el cambio histórico, en Boron, Atilio A. *et al.* (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires, p.389; también en John Bellamy Foster (2019), «Absolute Capitalism», *Monthly Review*, 71 (1). Disponible en el sitio web: <https://monthlyreview.org/2019/05/01/absolute-capitalism/>

danía política. Pero la financiarización no solo compensó relativa y temporalmente la decadencia de la industrialización occidental; también forzó la desindustrialización, desreguló los mercados laborales, elevó los precios de los bienes y servicios básicos, contrajo el régimen salarial y las tasas de ahorro de las clases medias y, como resultado, redujo a individuos y a Estados a variables dependientes de la abrumadora expansión del endeudamiento. En el primer año de la pandemia, la suma total de la deuda acumulada por hogares, empresas y gobiernos en las economías de los países centrales del capitalismo podía alcanzar un asombroso 383 por ciento del PIB. Aunque el endeudamiento de las economías emergentes era menor que el de los países del capitalismo avanzado, alcanzando una relación deuda/PIB del 168 por ciento, sus condiciones históricas junto al nuevo imperialismo oligopolístico ejercido sobre empresas y trabajadores del Sur global, mantenía a la periferia en un «estatus económico colonial y semicolonial» (Chesnais, 2020).

La neoliberalización de la democracia hizo del sufragio universal un instrumento relativamente inocuo que no dejaba de evocar las palabras que Léon Gambetta pronunciara en 1877 ante el público conservador de la joven Tercera República francesa: «¿Cómo pudieron dejar de ver con el sufragio universal [...] que tienen ustedes aquí un instrumento para terminar todos los conflictos pacíficamente [...] cómo pudieron dejar de entender que, si el sufragio universal funciona en plenitud de su soberanía, la revolución ya no es posible?»². Cambiar el mundo significaba ahora pequeños reajustes institucionales y regulaciones de un sistema que, sin embargo, ya no podía ocultar su decadencia. La revolución, un término atrapado en la historia, fue sustituida por «resiliencia», una versión laica del culto a la resignación.

La crisis de estancamiento secular que ha dominado en la economía occidental desde la década de 1970 no ha podido ser superada. La sociedad posindustrial no alentó la productividad, de hecho no podía hacerlo –«hoy se necesitan tantos camareros para explotar un restaurante como hace un siglo»³–, y el heterogéneo sector servicios no reprodujo el mundo predicho por Daniel Bell en 1973: «en vez de una economía de investigadores, instructores de tenis y cocineros con estrellas Michelin, el nuestro es un mundo mayoritariamente de peluquerías, servicio doméstico, vendedores de fruta y encargados de estanterías en Walmart» (Rodrik, 2019:132; Benanav, 2020:135). El trabajo ya no podía considerarse el «nombre del Mesías del tiempo nuevo», por usar la optimista expresión del filósofo alemán Josef Dietzgen (1828-1888). Los emprendedores, ambigua etiqueta que el *establishment* global puso en circulación mediática desde la Gran Recesión, soportaban la carga del progreso del nuevo mundo de inspiración hayekiana.

2 Véase en el perspicaz trabajo de Albert O. Hirschman (1982), *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, pp.112-115.

3 Rodrik lo ha expresado con notable claridad: «Cuando las manufacturas son el motor de la economía, las reformas selectivas, como los incentivos a la exportación, las zonas económicas especiales o los incentivos a los inversores extranjeros, pueden ser muy efectivas». Sin embargo, «cuando el crecimiento tiene que depender de servicios (en su mayoría) no transables, los esfuerzos selectivos no funcionarán. Los esfuerzos en las reformas deberán ser más integrales y apuntar al crecimiento de la productividad en todos los servicios simultáneamente» (Rodrik, 2019:132).

En América Latina, a pesar de las vibrantes protestas sociales de las décadas de 1980 y 1990 la hegemonía neoliberal fue incuestionable, y por parte de ciertos sectores intelectuales de izquierdas, incuestionada. Durante los años que precedieron a la Gran Recesión de 2008, el bipartidismo plutócrata estadounidense y los cuadros políticos de la «tercera vía» europea podían mirarse en el espejo latinoamericano e identificarse con el brasileño Gustavo Franco, Domingo Cavallo en Argentina, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Fujimori en Perú, o Abdalá Bucaram en el centro del mundo. Si los primeros representaban los intereses del arsenal financiero, «una clase de parásitos» que ostenta un extraordinario poder «no solo para despojar periódicamente a los capitalistas industriales» sino también para cruzarse de la forma más «peligrosa» en la «producción real», los segundos, compartían un absoluto «desprecio por la industria manufacturera», por cualquier forma de política proteccionista y por las injerencias estatales, a no ser que éstas actuaran en beneficio propio (Palma, 2020; 2019:958; Marx, 2010:541-542).

En el continente africano el neocolonialismo y la ignominiosa herencia histórica se combinaron retorcidamente con el fracaso de las políticas desarrollistas guiadas por una «bourgeoisie en esprit», por usar la acertada expresión de Fanon en *Les damnés de la terre* (1961). Las instituciones neoliberalizadas de Bretton Woods hicieron el resto. Privatizaron la esfera pública y hundieron los programas de industrialización desviando el capital hacia los sectores inmobiliarios y especulativos. La creciente tasa de desempleo formal entre los hombres, «acompañada con frecuencia por su emigración», condujo irrevocablemente a las «mujeres a buscar el sustento como trabajadoras a destajo, vendedoras de licores y lotería, en la venta ambulante y en oficios varios como peluqueras, costureras, limpiadoras, recogedoras de trapos, niñeras y prostitutas» (Davis, 2014:203-209).

El hegemonía naciente de la *xiaokang*, China, cuyos líderes comunistas parecían en principio cultivar más la lectura de Adam Smith que la de Milton Friedman, al finalizar la década de 1990 sustituyeron al fundador del liberalismo por Fukuyama y se consagraron al culto neoliberal y a la privatización. La proclama «hacerse rico es glorioso», pronunciada por un anciano Deng Xiaoping durante su «inspección del sur» al contemplar las asombrosas consecuencias de los programas de modernización llevados a cabo desde 1978, se había desvelado ahora como una profecía autocumplida. Pero, mientras los miembros del Partido Comunista Chino se sentían autocomplacientes con las ventajas del socialismo con características chinas y afinidades neoliberales, muchos jóvenes de la *Gen Z* frustrados ante unas expectativas de futuro decrecientes con respecto a las de sus progenitores, afectados por un ajuste de las oportunidades económicas y agotados por las largas jornadas de trabajo, decidieron refugiarse en la lectura de las obras de Mao Zedong y vestirse con el *zhongshan zhuang* (el uniforme Mao). Como en tantas ocasiones en la historia, cuando el presente no ofrece las expectativas anheladas y se carece de contraejemplos ideológicos, se gira el rostro peligrosa y anacrónicamente hacia un pasado estilizado y moralizante. La sociedad armoniosa no había distribuido los frutos de su extraordinario crecimiento económico de forma equitativa. El campo quedó por debajo de las ciudades-empresa, volcadas a la superproducción global. En el año de la Gran Re-

cesión había unos 225 millones de trabajadores con «empadronamiento rural empleados en zonas urbanas», donde carecían de los derechos básicos de vivienda, educación, o protección social (Wang, 2015:38-40). Mientras los *Robert baron* del silicio acumulaban extraordinarias fortunas, inundando de dispositivos tecnológicos a unas sociedades saturadas, una miríada de hombres y mujeres vivían y trabajaban en ciudades dormitorio entregando sus cuerpos a la vorágine del consumismo mundial. No era extraño observar en «cada gran ciudad» de nuestro siglo «un lugar de sacrificio humano, un santuario donde miles de personas pasan anualmente por el fuego como ofrendas al *moloch* de la codicia» (Marx, 2010:651).

La globalización, a través del dogmatismo incuestionado del «libre mercado» o, más preciso, del comercio sin restricciones –una antinomia del pensamiento smithiano– produjo a través de las denominadas «cadenas de valor» una economía global profundamente dependiente y desigual. El Sur global y sus enormes reservas de mano de obra liberadas durante las últimas décadas quedó atrapado por el ilotismo laboral y las industrias menos sostenibles y sucias del extractivismo, alimentando a las fábricas del frente oriental chino que a su vez suministraban a las sociedades de las economías del capitalismo tardío, o a las clases medias de cualquier parte del mundo, su insaciable consumo de satisfacciones. Mientras tanto, el capital circula por el torrente sanguíneo mundial, consumiendo la sangre de la mayor parte de la población bajo los designios del *statu quo* global y la incondicionalidad de las autoridades públicas. Solo aquellos comentaristas y académicos que carecen de una visión dialéctica son incapaces de observar que el éxito o el fracaso de la economía global ya no podía medirse considerando una región de forma aislada. De hecho, cuando se produjo la Gran Recesión no solo se tambalearon las economías occidentales, también el desempleo comenzó a hacer mella en las fábricas chinas, y solo cuando el gigante asiático realizó probablemente la mayor operación de rescate público de la historia –equivalente a casi el 20 por ciento del PIB–, el motor de la economía mundial comenzó a recuperarse. En el breve lapso transcurrido entre 2011 y 2013, las ingentes obras públicas y en general los entornos construidos en el vasto país absorbieron más de 6.000 millones de toneladas del material más destructivo de la tierra, el cemento, una cantidad que excedía ampliamente la usada por la economía estadounidense durante todo el siglo XX! Sin embargo, un año después la mayor parte de los municipios chinos estaban en quiebra, se había extendido un «sistema bancario clandestino» con el fin de ocultar la formidable suma de préstamos concedidos a «proyectos no rentables» y, además, el sector inmobiliario se había transformado en un «auténtico casino de volatilidad especulativa» (Harvey, 2018:9-12). Entonces, los vientos en contra soplaron para las repúblicas latinoamericanas que habían dirigido sus economías en la dirección opuesta del sector manufacturero. En 2014 las cinco principales exportaciones de bienes primarios y materias primas del conjunto de países integrantes (exceptuando a México y a Costa Rica) representaban nada menos que el 80 por ciento del valor total de las exportaciones dirigidas al pujante mercado chino (Carrillo, 2018). La crisis económica reforzó la crisis política y social y puso de manifiesto junto a la crisis ecológica que

el régimen de la globalización de los mercados no solo había provocado un alud de problemas en todo el mundo, también demostró estar visiblemente agotado. Como escribió hace años Deepak Nayar:

Los últimos años han sido testigos de la formulación de una lógica intelectual para la globalización que ha transformado la globalización misma, junto con el libre comercio, en una «ideología virtual» de nuestros tiempos, tanto que ambos son percibidos como un medio para garantizar no solo la eficiencia y la equidad, sino también el crecimiento y el desarrollo en la economía mundial. Una creencia que, sin embargo, no puede ser validada por la realidad (Nayar, 2007:69).

Por todo el mundo han ido surgiendo movimientos sociales y políticos que han tratado de impugnar el orden iliberal vigente. De inmediato los niveladores de opinión y las narrativas prefabricadas expresamente para las clases políticas del «centrismo extremo», por usar la acertada expresión de Tariq Ali, se lanzaron vigorosamente en un contraataque de sus nuevos émulos políticos. No había alternativa al mundo neoliberal; aquellas posiciones políticas a lo Jeremy Corbyn que pretendían retomar el control de mando de los sectores estratégicos de la economía nacional eran tildadas de anacrónicas en el mejor de los casos, en el peor, despreciadas como actitudes irracionales o comunistas. El culto a la privatización y el desprecio por cualquier política de perfil keynesiano –con la excepción de la socialización de las pérdidas en estado de crisis– barrió por completo la exitosa economía mixta de la segunda posguerra. En general, solo cuando un magnate misógino ocupó la Casa Blanca, la izquierda se rasgó las vestiduras y lanzó filípicas contra sus políticas abiertamente simplistas, pero peligrosas. Sin embargo, la mayoría de comentaristas habían quedado incapacitados para observar que la emergencia de partidos de extrema derecha por todo el mundo no se debía a un acto espontáneo e irracional de los votantes. Confundían síntomas o epifenómenos con causas subyacentes. Como ha escrito Dylan Riley: «la lógica de colgarle a Trump la etiqueta de fascista está suficientemente clara. Significa unirse detrás del programa de la actual dirección del Partido Demócrata: Pelosi, Schumer, los Clintons y Obamas y otros superintendentes del orden oligárquico, el mismo proyecto que entregó la Casa Blanca a Trump en 2016 (Riley, 2019:34). Una afirmación bastante plausible para la práctica totalidad de partidos que han brotado en oposición a los regímenes neoliberales.

Pero las ideas simplistas son vociferadas en los espacios mediáticos como papilla para consumo de masas. Mientras la guerra de Ucrania se ha transformado en la única guerra del mundo⁴, proyectando todos los conjuros contra el oligarca Putin (antaño un amigo de Occidente), las condiciones subyacentes del conflicto han sido barridas de la escena pública. No hay lugar en la prensa para evocar el apoyo atlantista por parte de Clinton que incumplió deliberadamente las promesas hechas a Gorbachov con respecto al avance de

4 Apenas se cita, por ejemplo, el genocidio de Yemen perpetrado por Emiratos Árabes y Arabia Saudí con el apoyo incondicional de Estados Unidos que ha dejado un rastro, por el momento, de más de un cuarto de millón de seres humanos, mientras miles de niños son enterrados a causa del cólera.

la OTAN hacia las fronteras de la Federación Rusa. Un peligroso juego de aproximación militar que llevó a George F. Kennan –uno de los «hombres sabios» de la política exterior estadounidense– a advertir que se cernía sobre el mundo una nueva Guerra Fría y «que no había motivo alguno para justificarla». Esta arrogante ofensiva de Washington, junto a la lealtad de Bruselas, continuaba Kennan, tendrá «una mala reacción por parte de Rusia, y entonces [aquellos que expanden la OTAN] dirán, ‘nosotros siempre dijimos que es así como son los rusos’, y eso es completamente falso». Tampoco aparece en los registros mediáticos el Nobel de la Paz, Barack Obama, que no pensaba del mismo modo que Kennan y por tanto se alió con los gobiernos más reaccionarios de la Europa Oriental, «dotándoles de instalaciones de misiles, armas pesadas y vehículos acorazados», elevando así de forma extraordinaria el presupuesto estatal destinado a continuar engordando el complejo industrial-militar estadounidense y contribuyendo de forma peligrosa a elevar las tensiones de una guerra caliente global (Fontana, 2017:585-587). Pero en las tensiones geopolíticas se cierne otro elemento apenas observado por los niveladores de opinión. La guerra de Ucrania, «no es más que un espectáculo terrible, pero secundario de una historia mucho más grande: de un tiroteo que se aproxima entre una potencia hegemónica mundial en declive y una en ascenso» (Streeck, 2022).

La desigualdad, el subempleo, la pobreza, el descontento ante el autoritarismo político y la crisis económica, ecológica y política, las guerras y otras formas detestables del comportamiento humano, están desencadenando una crisis a escala planetaria. La temperatura social, como la del planeta, se ha ido elevando y la rabia y el *ressentiment* no han dejado de aflorar desde hace tiempo por doquier. A pesar de ello, en la tarea vital de reinventar el sistema, las supuestas alternativas parecen adoptar una abrumadora uniformidad, un *cantus firmus* de inspiración monotecnológica, como en *Fully Automated. Luxury Communism* (2019) de Aaron Bastani. Para este autor, como tantos otros presumiblemente embebidos de ciberespacio, el futuro se basa en la suposición de un «comunismo de lujo totalmente automatizado»; un universo de «ocio y autoinvención ilimitados», gracias a la «inteligencia artificial, la energía solar, la edición genética, la minería de asteroides y la carne producida en laboratorios» (Benanav, 2019). Paradójicamente, este *telos* de la tecnología moderna se halla inscrito en el «romanticismo de acero» de Joseph Goebbels que aspiraba a fusionar la «belleza natural de los bosques germánicos con la potencia industrial de las fábricas Krupp» (Traverso, 2005). El futuro no debería ser escrito en los términos de *das digital*; los *geeks* del silicio actúan como los «bomberos» y censores de la novela distópica de Ray Bradbury *Fahrenheit 451* (1953): «quemar» los libros arrasando con ello el conocimiento reflexivo, a la vez que inundan el mundo social de ruido mediático y aplastan la química política. A juzgar por la sorprendente generalización del neoliberalismo fuera de Occidente, el apogeo de la financiarización y el consumo conspicuo de las emergentes clases medias de Brasil, China o India, es poco previsible que peligre el orden vigente. El consumo obsesivo a *la Black Friday* junto a la «sorda compulsión del trabajo enajenado», ha producido el entrelazamiento de la superestructura y la infraestructura en un solo nivel de captura

ideológica. Una nueva forma de hegemonía transnacional de inspiración neogramsciana ha ido ajustando continuamente a la «gente a las relaciones sociales existentes, insensibilizando sus energías y capacidades para imaginar cualquier otro orden mejor del mundo» (Anderson, 2018:173).

Este número de la REG ofrece una serie de estudios sobre las causas de la crisis sistémica de las sociedades contemporáneas aquí esbozadas, así como los posibles escenarios futuros. El artículo del ensayista y economista británico Michael Roberts nos introduce en las contradicciones del sistema económico y sus consecuencias sociales y ecológicas. El sociólogo Andrés Piqueras ofrece una perspectiva puntuada de la crisis del capitalismo global. Emilio Pradilla y Lisett Márquez concentran su estudio histórico y teórico en la crisis secular de América Latina; Raúl Delgado-Wise analiza la apropiación de plusvalor por parte del Norte global a través de la reconfiguración del mercado de trabajo mundial, especialmente gracias a las actividades intensivas en conocimiento y con los sistemas de innovación dirigidos desde el control de mando de Silicon Valley. Victor M. Toledo realiza un afilado ensayo sobre la crisis del mundo actual y la necesaria renovación de la ciencia, especialmente de los campos del conocimiento que durante las últimas décadas no han dejado de diseccionar a través de una inocua hiperespecialización el mundo que antes pretendían transformar.

REFERENCIAS

- Anderson, Perry (2018), *La palabra H. Peripecias de la hegemonía*, Madrid: Akal.
- Benanav, Aaron (2019), «La automatización y el futuro del trabajo I», *New Left Review*, 119, pp. 7-44.
- _____ (2020), «La automatización y el futuro del trabajo II», *New Left Review*, 120, pp. 125-158.
- Carrillo García, Germán (2018), «Transiciones y continuidades: una interpretación socio-histórica acerca de la crisis económica de América Latina», *La razón histórica. Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas*, 41, pp. 168-198.
- Chesnais, François (2020), «L'originalité absolue de la crise sanitaire et économique mondiale du Covid19», *Al'encontre*. Disponible en: <http://alencontre.org/economie/loriginalite-absolue-de-la-crise-sanitaire-et-economique-mondiale-du-covid-19.html>
- Davis, Mike (2014), *Planeta de ciudades miseria*, Madrid: Akal.
- Fontana, Josep (2017), *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona: Crítica.
- Harvey, David (2018), *Senderos del mundo*, Madrid: Akal.
- Marx, Karl (2010), *Capital*, Volumen I, Marx & Engels Collected Works, vol. 35, London: Lawrence & Wishart Electric Book.
- Nayyar, Deepak (2007), Globalization and free trade: theory, history, and reality, en Shaikh, Anwar (Ed.) (2007), *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*, Taylor & Francis e-Library, pp. 69-84.
- Palma, José Gabriel (2019), «Desindustrialización, desindustrialización “prematura” y síndrome holandés», *El Trimestre Económico*, 86 (4), 344, pp. 901-966.
- _____ (2020), «América Latina en su “Momento Gramsciano”. Las limitaciones de una salida tipo “nueva socialdemocracia europea” a este impasse», *El Trimestre Económico*, 87 (4), 348, pp.985-1.031.
- Riley, Dylan (2019), «Qué es Trump», *New Left Review*, 114: 7-35.
- Rodrik, Dani (2019), «Trabajo y desarrollo humano en un mundo desindustrializado», *Nueva Sociedad*, 279, pp. 122-132.
- Streeck, Wolfgang (2022), «Means of Destruction», *Sidecar NLR*. Disponible en: <https://newleftreview.org/sidecar/posts/264>
- Traverso, Enzo (2005), «Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile», *Ayer*, 60 (4), pp. 227-258.
- Wang, Chaohua (2015), «El partido y su historia de éxito. Respuesta a “Dos revoluciones” de Perry Anderson», *New Left Review*, 91, pp. 7-42.